

Mal que por bien¹

Lázaro I. Rodríguez Oliva*

Comunicación mediatizada, políticas culturales y proyecto social

En Cuba, la mayoría de la población nació cuando ya existía la televisión. Su democratización en los últimos 50 años ha venido de la mano con los usos cada vez más variados. Con aciertos y desaciertos, el proceso político revolucionario ha concebido a los medios (y no solo la TV) como pilar de comunicación de sus discursos y de socialización de los relatos sobre el pasado, presente y futuro. Pero estos usos no son exclusivos del país. Las versiones sobre “la realidad” del siglo XX y el comienzo del XXI han sido producidos, en lo fundamental, desde su visibilidad en los espacios de comunicación mediatizada. Ignacio Ramonet se refiere a la tiranía de la comunicación en estos años cuando el capitalismo refuerza su dominación en todos los espacios sociales posibles, pero sobre todo en la cultura de época que es cultura de consumo. El poder, la sociedad y ellos mismos han convertido los medios en protagonistas y testigos de todo “cambio de época”, de la ruptura de todas las concepciones del tiempo, del espacio, de los límites de lo posible. Incluso la imaginación liberal con que se proyecta el futuro habla de la sociedad de la información.

En este escenario, es comprensible que el universo comunicativo afecte la mayoría de las relaciones sociales que se producen tanto en el capitalismo central, como en los países periféricos, algo elocuente de la centralidad de los medios dentro de un campo de lucha social por su uso y control. De ahí que el problema de los medios, en tanto problema que remite a los procesos de producción simbó-

lica de una sociedad, quede dentro de los perímetros más conflictivos e instrumentales del universo político-cultural de hoy.

Este artículo abordará, de manera exploratoria, algunas de las mediaciones comunicativas de la cultura a partir de su lectura desde el campo de estudio de las políticas culturales. Aprovecha particularmente algunas discusiones recientes —algunas de ellas más públicas y otras de carácter más grupal o privadas— que se han dado sobre la cultura y la política en su relación con los medios y su función social en el contexto cubano. Teniendo en cuenta el hecho de que en nuestro país aunque los estudios comunicológicos y culturales han tenido un espacio de institucionalización creciente —sobre todo en los recintos universitarios— no abundan los resultados de investigaciones —o discusiones que relacionen la comunicación mediatizada y las políticas culturales en el marco del cambio social necesario para el logro de una sociedad más justa e inclusiva. Este hecho no deja de ser paradójico dado el interés por los componentes mediáticos de la política, y los componentes políticos de la cultura que se dan en el contexto de una globalización neoliberal en crisis y de iniciativas diversas que buscan alternativas sociales. La lectura de esta relación pudiera apuntar algunas problemáticas a atender por las políticas comunicativas y las políticas culturales existentes.

La referencia a “políticas culturales” se basa en un campo con reglas y posiciones específicas que median entre la organización social, cultural y política, y la movilización de las representaciones y prácticas simbólicas de los sujetos sociales, institucionalizado en un sector de la agencia pública. Este análisis

* Máster en Ciencias de la Comunicación, por la Universidad de La Habana (2005). Investigador y coordinador del Grupo de Estudios en Políticas Culturales del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.

¹ Un borrador de este artículo fue presentado en un panel del evento teórico del XVII Salón de La Ciudad Entender la contemporaneidad desde los mass-media, organizado por el Centro Provincial de Artes Plásticas y Diseño de Ciudad de La Habana en junio de 2008.

identifica algunas de las mediaciones que se estarían dando entre los medios y los discursos de las instituciones culturales, particularmente el Ministerio de Cultura (MINCULT) y sus instancias a diversos niveles.

Tensiones sociales para una rectificación a destiempo

La relación entre políticas culturales, medios y sociedad en el contexto cubano, como se refirió, se ha visto públicamente actualizada a partir de varios hechos sucedidos en 2007. En principio fue un programa de televisión; después dos más.² De inmediato, una sucesión de opiniones —ya no audiovisuales— que ocuparon los más diversos formatos de la producción de comunicación digital en y fuera de Cuba: correos, chats, webs, blogs, sms, etc. La llamada “guerrita de los emails” tenía un objetivo: reactivar la memoria de la política cultural y restaurar las injusticias cometidas en su nombre durante los años setenta.³ La nueva modalidad de esfera pública cubana parece haber catalizado-canalizado el debate sobre política cultural pospuesto por casi diez años en los predios de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y en la propia sociedad cubana.

Los medios de comunicación —y la necesidad de una política comunicativa— fueron piedra angular de los dimecydíretes, las opiniones más responsables, los análisis más lúcidos dentro de los intercambios electrónicos y, sobre todo, de los espacios sucesivos para debate que se fueron creando desde la

institucionalidad cultural. El VII Congreso de la UNEAC, celebrado entre el 4 y el 7 de abril de 2008, priorizó una comisión dedicada a los medios de comunicación, toreada magistralmente —no sin gotas de sudor— por Omar Valiño. Allí se destacó la importancia de su inclusión en la agenda de la política cultural. Este aspecto es fundamental dado el visible divorcio entre la esfera social relacionada con el Ministerio de Cultura, y todo aquello que se produce dentro de la actual configuración del Instituto Cubano de Radio y Televisión (ICRT).

Desde una observación participante en las sesiones previas al Congreso realizadas en el teatro Astral de la Ciudad de La Habana, y en las jornadas del Congreso en el Palacio de las Convenciones, identificamos un conjunto de problemáticas que pudieran ser útiles a la hora de plantearse un necesario nuevo campo cultural mediado por políticas comunicativas en franca dinámica con políticas culturales.⁴ Este artículo tiene como referente práctico esas discusiones, teniendo en cuenta que los congresos de la UNEAC constituyen el espacio más extendido de intercambio entre la institucionalidad cultural (Ministerio, Institutos, Consejos, decisores y políticos) con los creadores. En sus debates afluyen las inquietudes más apremiantes relacionadas con la “esfera de la cultura” y la sociedad en su conjunto.

Una de las cuestiones más recurrentes —aunque no exactamente planteadas en términos de políticas comunicativas y su presencia en el debate— responde a la ausencia

² El episodio mediático, discutido en reuniones dentro de la UNEAC, pero posteriormente abordado desde su complejidad histórica en el ciclo de conferencias La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión, organizado por el Centro Teórico-Cultural Criterios, y publicado en el texto homónimo, editado por Eduardo Heras León y Desiderio Navarro (La Habana: Centro Teórico-Cultural Criterios, 2008). Allí, Arturo Arango en una de sus dos conferencias recogidas en el libro, resume el hecho: “la aparición, en cuatro programas de la televisión nacional, de tres personas que ejercieron represión contra la intelectualidad cubana durante al menos un lustro de los años 70: Jorge Serguera, en la dirección del Instituto Cubano de Radiodifusión; Luis Pavón Tamayo, como presidente del Consejo Nacional de Cultura, y Armando Quesada, al frente de la dirección de teatro de aquel Consejo”. (pp. 165-166)

³ Para mayores referencias, hice una crítica al libro referido en el artículo titulado La memoria siempre arde: política cultural, verdad y futuro en Cuba, publicado en el número 56 (dedicado a la Revolución) de la revista *Temas*, en 2009.

⁴ En las sesiones participamos Sandra del Valle, investigadora del ICIC Juan Marinello y colega del Grupo de Estudios en Políticas Culturales y yo. Finalmente, por azares de una petición para participar como ponente en el Salón de la Ciudad, del Centro Provincial de Artes Plásticas, donde se leyeron algunos apuntes de este trabajo, decidí hacer un adelanto, para luego, con Sandra y con más detenimiento, profundizar en cada una de las tesis planteadas, y agregar otras suyas nacidas desde su experiencia y perspectiva propias en otro producto futuro.

práctica de un tipo de políticas específicas dentro de la lógica de las políticas culturales que se encarguen de la comunicación mediaticizada. Este hecho supone para el investigador y para la sociedad, en su conjunto, el planteamiento de una serie de preguntas que resulten fructíferas para un debate que lleve a la superación de estructuras poco operativas y políticas y estrategias no del todo atentas a las necesidades de los ciudadanos y de la propia gestión social. Igualmente abundará en algunos de los retos de Cuba en el campo de la hegemonía de los modelos culturales del capitalismo omnipresente: ¿Cuál es el rol de los medios según la política cultural? ¿Con qué concepto de comunicación y con qué concepto de cultura operan nuestras políticas culturales? ¿Cuáles son los usos de la información y la comunicación en la construcción del consenso social? ¿Cuáles son los criterios que se manejan sobre el papel de los medios como instrumento de socialización de los relatos sobre el mundo, de ficcionalización de la realidad y expectativas de futuro?

Comunicación y cultura frente a sus posibilidades políticas

Acerca del rol de los medios según los debates sobre política cultural de la UNEAC y el análisis de documentos institucionales derivados de las investigaciones que desde el 2003 realizó en el Instituto (antes Centro) Juan Marinello, se advierte que el concepto de comunicación con que operan se restringe a su dimensión tradicional de asociarla a los medios masivos. Como se dijo, en el Congreso no hubo un planteamiento explícito de algo fundamental para la necesaria refundación de la esfera pública en Cuba: las políticas comunicativas. Desde 1989, el comunicólogo Jesús Martín-Barbero está abogando por no ver comunicación y cultura como dos cosas diferentes, con políticas diferentes, y sugiere plantear unas políticas culturales que no pueden ser otra cosa que comunicativas

en las actuales circunstancias tecnológicas. (Martín-Barbero, 1989) Asimismo, ha estado hablando de la exigencia de superar el didacticismo, el patrimonialismo, y el folklorismo de las políticas culturales, para que fueran capaces de asumir la heterogeneidad de la producción simbólica y responder a las demandas sociales que implica la entrada de las industrias culturales y sus estrategias de convencimiento en todos los espacios de lo social. Si trabajáramos con estos planteamientos como horizonte, se concluiría que la concepción sobre la comunicación por nuestras políticas culturales es difusiva, en el sentido de que esta enfatiza en la formación de públicos, y la difusión a escala masiva de “lo mejor de la cultura” a la mayor cantidad de personas posibles. Ello es de alguna manera cuestionable en el sentido de que una buena mayoría de la programación —incluso educativa— proviene de la maquinaria de la industria cultural norteamericana. Así, se subvalora el rol de la comunicación en el propio proceso de hacer la política.

Otras áreas del campo de la comunicación quedan a la zaga, pese a la existencia de la institucionalidad requerida. Por ejemplo, resulta casi desconocido el Centro de Comunicación Cultural, que supuestamente debe encargarse de la política de socialización de la producción cultural y de visibilizar el campo cultural en todas sus dimensiones por todos los medios. Por supuesto que la concepción sobre la comunicación puede explicarse a partir del propio concepto de cultura con que operan nuestras políticas culturales. He venido sosteniendo la idea de que en las políticas públicas de cultura en Cuba hoy se da una bivalencia con respecto a la noción de cultura que afecta la práctica de la acción cultural.⁵ Bivalencia que se expresa en que, por un lado, el Ministerio de Cultura organiza sus principios básicos y su propia estructura a partir de la noción de cultura artística y literaria, asociada a una política cultural tradicional de bellas artes y letras, patrimonialista

⁵ Véase Rodríguez Oliva, Lázaro I. “Las políticas públicas de cultura: la cuestión del acceso”. Informe de investigación. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello. 2006.

y popular estilizada y, por otro, recurre en sus discursos al término al uso de cultura general integral que conceptualmente excede el marco de la noción de cultura artística y literaria que se emplea en la acción cultural concreta.⁶ Por suerte, en términos de ganar claridad conceptual, el término va cayendo en desuso aunque en el recién finalizado Congreso se sintieron ecos de su utilización indiscriminada. Fíjese que no estoy hablando de un elitismo propiamente dicho en las políticas culturales entendido como desentendimiento de las élites productoras de cultura de las mayorías. Un contraargumento pudiera ser dado por quien se sitúe desde allí, por ejemplo, mencionando la cruzada que intelectuales como Kcho han realizado en la Isla de la Juventud, y otros, en distintos lugares tras la embestida de los huracanes en 2008, Ahí hablamos de compromiso con la gente, no de las condiciones en que los sujetos populares producen cultura y de las formas en que desde esa participación sustantiva se constituyen en sujetos críticos. Son cosas diferentes y que conste que tipos de compromisos así son cada vez más necesarios si hablamos de una sociedad que promueva no el individualismo propietario de la modernidad burguesa, sino la solidaridad “con todos y para el bien de todos”.

El primero de los conceptos de cultura es el más socorrido en las políticas culturales y sobre este giraron todas las discusiones en el Congreso, lo cual quiere decir que hay cierta uniformidad en relacionar la institucionalidad cultural con un estado objetivado del capital cultural que se asocia, según he advertido en mis otras investigaciones, el acceso a prácticas culturales tradicionales relacionadas con el cine, el teatro, el libro, y las artes plásticas, las posibilidades y habilidades de apreciación de las artes, así como

la capacidad creativa de los sujetos con talento. No percibo un reclamo de precisiones conceptuales sobre el uso de qué entender por *cultura* y qué por *política*, en qué se define como cultural y quién lo produce, y cómo y bajo qué sustancias institucionales se da la articulación entre cultura y política.

A partir de la asociación del capital cultural con elementos de la alta cultura, la programación cultural se conforma de acuerdo a prácticas asociadas a minorías —aunque el sentido estratégico sea llegar a todos los públicos—, dejando fuera los intereses de buena parte de la población, y particularmente, las demandas de aquellos productos culturales cuyas expresiones estéticas son consideradas como degeneradas y propias de la cultura de masas. Una respuesta social a la incompetencia de muchas de esas estrategias es el recurso a los llamados bancos de películas o a la televisión por cable clandestina y penalizada. Sin contar con la circulación de mano en mano de temporadas descargadas de internet de las más diversas series —incluso las que actualmente se pasan en la televisión nacional como CSI, Anatomía de Grey, Doctor House y Friends. A lo que infelizmente se suman otros programas enlatados estupidizantes que llegan desde Miami como Caso cerrado, Cristina y la furia telenovelerana vacua de producción mexicana, venezolana o panameña tipo Las tontas no van al cielo; Fuego en la sangre o *Mañana es para siempre*.⁷

Un tema de discusión es que las políticas públicas de cultura en Cuba no articulan ni promueven un concepto de capital cultural enfocado a asumir la cultura como un recurso para potenciar la ciudadanía —al menos explícitamente jamás he visto en sus documentos rectores una alusión a su rol en la construcción de una ciudadanía plena y la constitución de sujetos políticos críticos de

⁶ Las fuentes utilizadas son los informes y objetivos de trabajo 2003, 2004, 2005, 2006 del MINCULT.

⁷ Reconozco quizás sea “elitista” la valorización estética que hago de estos productos culturales, que conste que me posiciono desde un criterio de contenido, y no de género comunicativo. Recupero este episodio de lo que pudiéramos llamar comunicación alternativa negativa, para plantear algunas preguntas: ¿qué ha fallado en eso que llaman la formación de públicos? ¿por qué se asume la así llamada banalización como alternativa? ¿cómo amplios sectores del pueblo —sobre todo capitalino— que se le califica como culto bebe con fruición de lo más decadente de la producción cultural de masas del capitalismo? No se poseen estadísticas sobre el uso de estas redes alternativas, pero a juzgar por la observación de las conversaciones con algunos habaneros, su uso es significativo.

su realidad—, sino que se refieren a la capacidad de la institucionalidad para crear condiciones que permitan acumular competencias de apreciación y creación artístico-literarias que dotan de capital simbólico, como diría Bourdieu, a los individuos y grupos sociales. Según este criterio, los medios sirven para difundir lo mejor del arte y la cultura universal y como espacio de lucha ideológica contra un enemigo visible: los sectores dominantes en la política anti-Revolución en el gobierno de los Estados Unidos. y el propio gobierno yanqui en su política imperialista. No hay cabida en los medios hoy para una reflexión sobre qué socialismo queremos, y los recursos para emprenderlo en un contexto de enormes cambios de época. Este, por ejemplo, es un tema político-cultural fundamental para pensar el horizonte de país que queremos en un proceso revolucionario.

Cabrían algunas líneas de discusión aquí que nos pueden conducir a un esclarecimiento y debate fructífero que lleve a plantearse unas políticas culturales más atentas al cambiante mundo de las tecnologías de la comunicación de hoy, sobre todo en un pueblo como el cubano con un alto grado de instrucción. Por fortuna, en la síntesis realizada por Omar Valiño, presentada en plenario frente a importantes decisores del país, se habló de la necesidad

de conceptuar y ejercer en nuestros medios una coherente y orgánica política cultural, sin dejar de atender a las especificidades de cada uno. La misma debe definirse, tanto en aspectos generales como puntuales, por el conjunto de organismos e instituciones afines, bajo la consideración de la política general del Partido y el Estado, cuyo garante es el Ministerio de Cultura [...].⁸

Y es que la definición y el esclarecimiento por escrito de las condiciones de ejercicio de la producción de comunicación media-

tizada han sido tradicionalmente demandados por los propios intelectuales, justamente para evitar interpretaciones erróneas de discursos y documentos no siempre públicos, que han afectado la producción de comunicación y cultura a lo largo de todos estos años. Una política cultural implica un cuerpo jurídico dentro de la lógica del derecho de autor, pero también desde el derecho del individuo para el ejercicio de su criterio fundamentado con miras al mejoramiento de la sociedad en que vive.

El llamado a la conceptualización sobre la política cultural llevaría a preguntarnos no solo sobre qué criterios de comunicación y cultura trabaja la institucionalidad existente hoy, sino, a lo que podría ser una definición de cultura más incluyente, diversa y amplia que asuma todos los formatos y dimensiones de la producción cultural de hoy. El reto de la coherencia y la organicidad exigirá una participación activa de la sociedad toda si la apuesta es socialista. El mapa de las culturas populares en Cuba hoy es muy diferente de aquellos que se han cristalizado en la versión idílica consagrada en atlas etnográficos, enciclopedias y diccionarios.

La creación de espacios culturales —por encima incluso de los institucionales— para el diálogo entre producción cultural y comunicación mediatizada implicaría a muchos más sujetos que el MINCULT y el ICRT, y sus superiores del Departamento Ideológico del Partido, sobre todo en lo que se refiere a los contenidos de los espacios informativos y a las decisiones de qué y cuándo se publica un autor, una obra, o su referencia.

Representaciones mediáticas de la política y disentimientos intelectuales: ¿el medio es el mensaje?

Sobre los usos de la información y la comunicación en la sociedad cubana, no será sorpresa para nadie la alta ideologización que afecta no solo los espacios informativos, sino los discursos mismos sobre la función de

⁸ Dictamen Comisión Medios Masivos y Políticas Culturales. Disponible en la página web de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, <http://www.uneac.org.cu>, 5 de junio, 2008. Tanto las citas de este dictamen como las intervenciones de los delegados pueden consultarse en esta misma fuente en línea.

la política cultural en nuestra sociedad. En lo único que parecen haberse puesto de acuerdo el MINCULT y el ICRT hasta hoy es en aquel documento conjunto titulado “Acciones de resistencia frente a la colonización cultural y en defensa de la identidad nacional y de nuestros valores”. Por el título mismo pueden sospecharse algunos usos de los medios desde el punto de vista de los decisores de ambas instituciones. No creo que pueda analizarse algún tipo de representación de la realidad desde los media si antes no se tiene en cuenta que son parte de la pugna por la representación del conflicto entre el mundo capitalista central hegemónico (particularmente Estados Unidos y Europa) y la resistencia cubana.

En una de sus intervenciones en el VII Congreso, Desiderio Navarro hablaba de un

desfasaje entre el proyecto cultural de la Revolución, de un lado, y la práctica cultural real de los medios masivos, del otro. A lo que es preciso agregar que esta práctica potencia y se ve potenciada, a su vez, por las prácticas culturales de espacios públicos como los destinados al turismo, las redes gastronómicas y el comercio, y las de los circuitos alternativos del mercado negro y la circulación underground de productos culturales

en clara alusión a patrones de consumo globalizados y estructurados por la industria cultural capitalista. Por su parte, Alfredo Guevara, al caracterizar la programación de los medios de comunicación, la llamó:

estupidizante y dominados por tan descomunal ignorancia que no se saben aliados del capitalismo en su manifestación más soez y del imperialismo en esa técnica que tanto resultado ha dado a sus especialistas, la de vaciar el alma de fineza, de sensibilidad, de información compleja para, de inmediato, llenarla de banalidad; y la de destruir el lenguaje para así destruir o dañar la articulación del pensamiento.

A pesar del predominio visible de produc-

ción norteamericana en nuestros medios audiovisuales, las políticas culturales enfatizan en el uso ideológico de la televisión, la prensa, la radio e internet. El Informe Central al Congreso, leído por Miguel Barnet, reconoció que desde 1998 la confrontación entre globalización neoliberal e identidad cultural había sido el hilo conductor de la reflexión colectiva de la UNEAC. Este debate se ha parcializado radicalmente desde los argumentos de la lucha antimperialista, sin que haya primado un punto de vista crítico de cómo instrumentos de esa globalización como internet, han sido usados para reivindicar derechos e identidades culturales subalternizadas por las lógicas del mercado y la política neoliberal.

El tema del consumo cultural de los medios hegemónicos es más complejo hoy día, sobre todo por la calidad de la factura audiovisual con respecto a lo producido en el país; algo que sí fue puntualizado en el Congreso. Incluso, el propio ministro Abel Prieto hablaba en términos de la exigencia de fomentar una ciudadanía activa, que supere la contradicción de una militancia revolucionaria seducida por la fruición del *entertainment*: “Tú no puedes ser un doctor Jekyll diurno y antimperialista y por la noche convertirte en un míster Hyde culturalmente entregado a lo peor de Hollywood”. Lo interesante de esta alusión sigue siendo lo contradictorio y complejo de la formación de un ciudadano en un proyecto emancipatorio como el que se propone el socialismo. Por su parte, la así llamada “formación de públicos” presente en los discursos de nuestras políticas culturales buscan “sofisticar las necesidades culturales”, sin que la “política de sofisticación” pase por el reconocimiento crítico de la necesidad real “del pueblo”, seducido sin distinciones de género por telenovelas latinoamericanas y filmes norteamericanos. Del lado de las élites intelectuales y algunos discursos político-culturales, la idea misma de asociar estos productos con formas degradadas del consumo cultural implica un acto de jerarquización cuya escala no fue construida con recursos participativos, donde los sujetos

populares tuvieran voz y criterio. En la perspectiva de la formación de público no contamos aún con materias de educación audiovisual y el público está concebido, la mayor parte del tiempo tanto en discursos como documentos de política como algo que debe formarse, entrenarse, cambiarse, con gustos y preferencias cuestionables. A veces. Otras, aparece en los discursos como el más culto del mundo. La impronta iluminista de nuestras políticas —que en el caso de las políticas sociales se disfrazó de paternalismo— a la larga constriñe el propio potencial revolucionario de los sujetos y las competencias para disponer de una institucionalidad como la del campo cultural al servicio del fomento de una ciudadanía más rica que se reencante desde las posibilidades revolucionarias del socialismo, y sobre todo que el consumo cultural se asuma como lo que es, productor de sentidos sobre el mundo y la vida, un marco de referencias desde el cual posicionarse ante el mundo. La apuesta ideal sería por la recepción crítica.

Por su parte, los documentos de políticas culturales enfatizan en la formación de públicos, desde una perspectiva que ve la cultura como lo que pasa en las bellas artes y letras, y saca la competencia del Ministerio de Cultura de lo que es más útil a estos efectos, incluso más integral: la formación del ciudadano. Una ciudadanía activa, crítica, participativa, será capaz de ver un programa tan grotesco como el de Laura, un Caso cerrado de Miami, o recibir el Nuevo Herald en su buzón de entrada en versión digital, que podrá formarse un criterio desde sus referentes culturales de lo basura que resultan y sus manipulaciones constantes en función de los intereses de las élites que los favorecen. El problema se da cuando existe la creencia de un público masivo interesado en el consumo de lo mejor del arte y la literatura, que es susceptible de ser formado, pero que en realidad prefiere gastar más de un salario mínimo en tirar un cable desde una red privada de distribución de enlatados del reality show, los noticiarios —dicho

así—, y/o rentar los filmes más violentos de la temporada. Todo esto, como alternativa a una producción nacional de baja factura audiovisual, un sistema simplificador —y por tanto deformativo— de la realidad que vive el cubano, y un discurso mediático excesivamente ideologizado. Y cuando me refiero a la politización de la esfera pública, quizás lo que deba explicar es que ello significa la excesiva parcialización de los argumentos —no siempre convincentes— del estado de las cosas publicitados por protagonistas mediáticos no siempre con liderazgo de opinión.

Para contrarrestar las formas mediatizadas de la hegemonía norteamericana en nuestro espectro comunicativo, en el Congreso se habló del reto de fomentar “una producción nacional de alta calidad, atractiva, profunda y del respaldo del mejor talento del país” en el panorama de medios. Un verdadero reto si pensamos que eso exigiría una industria cultural cuyos soportes financieros no gozan de la salud necesaria para una producción continua, de calidad, “hecha en Cuba”. El llamado del Ministro a “trabajar muy unidos, coordinadamente y sin descanso, para avanzar hacia la televisión y la radio que necesita y que se merece este país”, levantó aplausos en el auditorio, lo cual destaca la necesidad de sacar a los medios de la concepción que parece haber entre los decisores de políticas de verlos solo como poleas de transmisión de ideología, de combate antimperialista, en medio de la paradoja de que la mayoría de la parrilla de ficción de nuestras televisoras tiene “made-in” yanqui. La batalla de ideas se gana con la crítica, el fomento de una cultura del debate y con mayor participación de los cubanos en las decisiones que nos afectan. Este reclamo, con frecuencia emergente en los campos de las humanidades, la crítica de arte y las ciencias sociales, sigue vigente.

Con respecto a esta idea caben algunas preguntas: ¿cuáles son las causas que lleven a un Ministro de Cultura, desde su competencia institucional, a llamar a batalla sobre los modelos coloniales cuya entrada en las casas cubanas viene por una programación difundi-

das por la TV estatal que a su vez la captura de las señales más representativas de los mejores vendedores de las imágenes capitalistas: los medios norteamericanos? ¿Está la solución en prohibir estas propuestas de las parrillas? ¿Se irán *House, Lost, CSI, Friends*, las películas de los sábados, la programación educativa del *Discovery* y el *History Channel*? Me parece que la clave está en confiar en los receptores cubanos y educar en ciudadanía, sin que esta propuesta tenga que ver exactamente con la propuesta liberal que por educación en ciudadanía ha hegemonizado los sentidos y significados del término.

Escenarios cambiantes y apuestas políticas

El escenario social de hoy no puede pensarse “desde la cultura” sin remitirlo al impacto de las tecnologías digitales en la producción cultural. En Cuba, a pesar de las limitaciones para la adquisición de computadoras, y equipos digitales como cámaras, videocámaras, etc., se han estado produciendo nuevas narrativas —temas inéditos, reinterpretaciones críticas, tratamientos alternativos, diversas estéticas—, que reflejan el sentir de estos tiempos: ahí están los llamados jóvenes realizadores de audiovisuales, las nuevas publicaciones, la creación de blogs, los correos electrónicos como medio de debate, etc.

La franqueza del Informe sobre cultura y sociedad, coordinado por Helmo Hernández y celebradamente publicado por Granma y televisado por nuestros canales precisó, entre otras cosas, que el tema de los medios de comunicación y las tecnologías de la información estaban priorizados en la agenda de debate del Congreso, teniendo en cuenta que las nuevas tecnologías son instrumento de la guerra cultural, y que la democratización de su uso es un imperativo para la sobrevivencia de la Revolución. Se habló en términos del retraso que supone desechar lo que se llamó el “caudal de información que las tecnologías actuales ponen a nuestra disposición”. No obstante, el tema de las nuevas tecnologías no fue desarrollado con profun-

dad en un Congreso donde el promedio de edad era de 62 años, según observaba Rafael Hernández, director de la revista *Temas*. El hecho de asociar las nuevas tecnologías a las culturas juveniles de los “nativos digitales” puede ser una explicación. El problema del acceso a las nuevas tecnologías pasa por serias limitaciones materiales de acceso individual —pese a que se reconoció el papel de los espacios educativos y comunitarios como los Joven Club—, así como también a la imposibilidad de conexión a la red de redes. Ello está y estará mediando cualquier posibilidad de los medios desde un contexto donde existen grandes expectativas sociales sobre el aumento de la capacidad de conexión que supondrá el cable conector de internet dentro del espacio cultural de la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de América Latina y el Caribe.

Rafael Hernández se refirió en plenaria a que no se le prestó “suficiente atención a la significación de internet para nuestro trabajo en general, y en particular para la confrontación de ideas en el campo de la cultura”. Se pedía incluso potenciar una esfera pública digital a través de sitios que no estuviesen mediados por lo que él denomina “los mismos esquemas o reglas propias de un sitio gubernamental u oficial, para contribuir de manera ágil y efectiva a elevar el conocimiento y el intercambio sobre los problemas de nuestra cultura y nuestra sociedad”. Los blogs han demostrado ser una herramienta muy fructífera en cuanto a que los cubanos que estamos en Cuba socialicemos por qué estamos aquí, y el valor de la permanencia y el compromiso con el futuro de la isla, sin que para ello tenga que utilizarse los mismos argumentos gastados al uso del discurso político mediatizado. Estamos hablando de reencantar los argumentos para concebir un futuro socialista posible.

Las nuevas tecnologías abren un campo de producción inédito para los sujetos en los espacios más increíbles de las artes y la literatura. Es hora de pasar a otro nivel que no sea el instructivo-difusionista en materia

de cultura. Por ejemplo, los 11 cursos y millones de tabloides que se han dedicado a la apreciación de las artes, en Universidad para Todos, han representado una iniciativa válida. Sin negar la utilidad de programas como estos, la pregunta a la que me lleva siempre que veo tanto los formatos en que se presentan, como muchas veces la dudosa competencia mediática de sus profesores, es: ¿cómo se ha comportado el rating de estos programas? ¿Qué dicen los estudios de público que debe haber hecho el Centro de Investigaciones Sociales del ICRT? ¿Qué dicen los estudios cualitativos de recepción que se deben haber realizado para sostener estas propuestas? ¿Cuántos de nosotros han seguido los cursos? ¿Quién ve estos programas? ¿Cuáles son los usos de los tabloides?

En el Congreso se habló de las insuficiencias de todas las entidades que tienen que ver con la formación del ciudadano (escuela, medios, familia), una verdad tan preocupante como franca para plantearse un cambio en las maneras de relacionarse, en los procesos de cómo se forma un ciudadano, que debe ser, a mi juicio, la razón de ser de unas políticas culturales que tengan dentro de sus modelos la participación como premisa. En su comentario allí, Víctor Fowler planteó que al discurso político y a la factura audiovisual,

por lo general, le falta swing, algo fundamental para la sobrevivencia del socialismo —estamos hablando de una sensibilidad para/con/desde el proyecto— con lo cual remite a la falta de recursos estéticos, audiovisuales, escenográficos, etc., de dichas puestas en escena frente a la misma dominación del capitalismo tardío que aprendió bien temprano las artes del buen vender sus ideas y naturalizarlas como las únicas válidas.⁹

Si el Ministro de Cultura está convencido de que “jamás podrá construirse con solidez a partir de dogmas, empecinamiento, desconocimiento de la realidad real o ignorando los mensajes alertadores de la experiencia y de los ciudadanos”, algo que me parece valeroso y revolucionario, añadiría que los medios tienen un rol en esa construcción de una sociedad diferente de la injusta existente hoy. Cuando Jesús Martín-Barbero llamaba la atención sobre la necesidad mantener “la epistemológica y políticamente estratégica tensión entre las mediaciones históricas que dotan de sentido y alcance social a los medios y el papel de mediadores que ellos puedan estar jugando hoy”,¹⁰ nos remitía de lleno a una cuestión de suma actualidad: la de concebir los medios a partir de sus condiciones de posibilidad históricas y presentes, y con esto, plantear todas las alternativas de futuro.

Bibliografía

- Arango, Arturo 2008 “Pasar por joven (con notas al pie)” en Heras León, Eduardo y Desiderio Navarro (eds.) *La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión* (La Habana: Centro Teórico-Cultural Criterios).

- Dictamen Comisión Medios Masivos y Políticas Culturales. En <<http://www.uneac.org.cu>>. Acceso? 5 de junio, 2008.

- Martín-Barbero, Jesús 1989 “Por unas políticas de comunicación en la cultura” en Jorge Cornejo (ed.) *Las políticas culturales en América latina: una reflexión plural. Ponencias del Primer Seminario latinoamericano sobre Políticas Culturales (Lima: Asociación Peruana de Promotores y Animadores Culturales)*.

⁹ Intervención en los debates sobre el Informe Cultura y Sociedad, VII Congreso de la UNEAC. 3 de abril de 2008. Palacio de las Convenciones, La Habana.

¹⁰ Martín-Barbero, Jesús 2003 *De los medios a las mediaciones* (Bogotá: Convenio Andrés Bello), p. xii.

- MINCULT Informes y objetivos de trabajo 2003, 2004, 2005, 2006.
- Rodríguez Oliva, Lázaro I. "Las políticas públicas de cultura: la cuestión del acceso". Informe de investigación. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello. 2006.
- _____ 2009 "La memoria siempre arde: política cultural, verdad y futuro en Cuba" en *Temas* (La Habana) no. 56.